



Batallones disciplinarios de soldados trabajadores

Por **Alejandra Fortea**

Nieva, pero el suelo casi ni lo nota. Alfambra es un pueblo de secano al lado de un río del Teruel vaciado. Miguel vive en la última casa. Delante de su puerta está la primera de las 14 cruces de la vía dolorosa que recorren el monte hasta la enorme estatúa del Cristo Redentor que preside el pueblo.

El silencio sobre la represión de Franco cubre como la nieve a los viejos supervivientes. Quedan ya pocos, poquísimos y les han derrotado demasiadas veces. Alfambra se mantuvo fiel a la República y el franquismo, que no olvidaba, se cebó con sus habitantes. Miguel mira a su nieto, que no para de joder con la pelota en el corral. A la edad del niño, él ya formaba parte de la quinta del biberón y hacía un par de años que se había afiliado a la CNT. Cuando se produjo el golpe de estado, escondió el carné bajo de unas tejas de una “paidera” que quedaba de camino a Santa Eulalia, en un esfuerzo inútil por despistar a la Guardia Civil.

Su madre murió con 26 años, en el parto de su hermana Petra. Su padre se volvió a casar años más tarde y tuvo un hijo al que puso de nombre Lenin. Cuando los fascistas mataron a su padre, no sabe ni dónde, ni cuándo, ni cómo, obligaron a la madre a cambiarle el nombre. “Dejaron a mi padre tirado en alguna cuneta y después de muerto le quitaron el nombre a su propio hijo” dice Miguel con voz baja desde el quicio de la puerta. Su padre iba a la capital, Teruel, a oír los mítines de la CNT. Era un hombre pobre que leía.

Franco ganó la guerra y la voraz represión cayó sobre los soldados del bando republicano. Miguel ingresó en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores nº 17 en el año 1940, después de pasar unos meses en los desconocidos campos de concentración del franquismo donde se clasificaba a los presos con criterios políticos para su destino definitivo: ejecución, prisión o trabajos forzados.

Los Batallones de Soldados Trabajadores estaban formados por hombres del bando republicano y desafectos al régimen condenados, sin juicio ni delito, a hacer trabajos forzados extra-penales, que tenían como objetivo el castigo político en cautividad gestionado por el ejército y el Estado. Tal y como explican Eburne Beaumont y Fernando Mendiola en su artículo *Batallones disciplinarios de soldados trabajadores: castigo político, trabajos forzados y cautividad*, se mantenía un amplio grupo de prisioneros “clasificado como desafecto, al que ni se va a dejar en libertad ni se va a incorporar al campo penal [se trata de] la utilización económica de estos prisioneros”.

A Miguel le cuesta mucho hablar de aquellas penalidades. Casi nunca lo hace. “Pasamos mucha hambre, mucho frío y mucha miseria. Los guardias nos



vigilaban mientras trabajábamos, iban armados y eran “mucho malos”. Nos pegaban mucho y nos maltrataban. Nos sentíamos derrotados. Había mucho silencio, algunos murieron porque les mataron de hambre o a palos”. Paquita, la esposa de Miguel, que por aquel entonces era su novia, le llevaba comida a escondidas a Teruel, donde Miguel tenía el batallón. Caminaba seis horas hasta llegar a la capital y se privaba de parte de su comida para dársela a él.

Este castigo extrajudicial se alargó en el caso de los que, como Miguel, formaban parte de los mozos pertenecientes a los reemplazos de los años que van del 1938 al 1941, que pese a haber cumplido en parte o totalmente su servicio militar, se vieron obligados a realizarlo de nuevo. “Habíamos hecho la guerra y después nos obligaron a hacer la mili. Como si no hubiésemos tenido ya suficiente, como si no supiéramos de guerra todavía”.

Teruel fue reconstruida después de la guerra por hasta 300 presos esclavos de los Batallones de Soldados Trabajadores que levantaron de nuevo obra pública e infraestructuras. El Parque de los Fueros era un barranco que fue rellenado por los presos de los batallones en los años 40 con los escombros procedentes del casco histórico de la ciudad. Así fue proyectado por Regiones Devastadas, considerando que este espacio era el adecuado para depositar la enruna y nivelar la superficie. Pero no hubo suficiente escombros para llenar tanto vacío ni para nivelar nada, en una especie de metáfora arquitectónica que, tozuda, dio la razón al bando de los derrotados.

Desde el ayuntamiento de Teruel, el partido Espacio Municipalista valoró la necesidad de poner en conocimiento de la sociedad turolense la realidad del trabajo esclavo y su reconocimiento público y homenaje. Pero la derecha, encabezada por Vox y la alcaldesa del PP Emma Buj, votó en contra de la construcción de un monumento memorial.

Miguel y tantos otros son expertos en derrotas. Y casi mejor así.